

CRONOS

CIENCIA FICCIÓN



JAMES MORROW

**SU HIJA
UNIGÉNITA**

EDICIONES DESTINO

EDICIONES DESTINO



Colección dirigida por Do-
mingo Santos

Título original: *Only Begotten
Daughter*

Traducción: Domingo Santos

© 1990 by James Mo-
rrow

© Ediciones Destino,
S.A.

Consell de Cent, 425. 08009
Barcelona

Primera edición: septiembre
1991

ISBN: 84-233-2066-9

Depósito legal: B. 25.488-1991

Impreso por Limpergraf, S.A.

Carrer del Riu, 17. Ripollet del Valles
(Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Para Jean

Agradecimientos

A lo largo de toda la redacción de esta novela, mis compañeros incluyeron varios libros extraordinarios relativos a la búsqueda científica de Dios, la evolución del cristianismo y otros temas pertinentes. Permítanme aquí reconocer mi deuda hacia *Dios y la nueva física* de Paul Davies, *Las máscaras del universo* de Edward Harrison, *Una breve historia del tiempo* de Stephen Hawking, *El relojero ciego* de Richard Dawkins, *La segunda venida* de Thomas Sheehan, *El hacedor de mitos* de Hyam Maccoby, *Jesús: la evidencia* de Ian Wilson, *¿Existe Dios?* de Hans Küng, e *Inquisición* de Edward Peters.

Me siento agradecido hacia el amplio círculo de amigos y colegas que hicieron comentarios sobre el manuscrito durante sus varias fases sistólicas y diastólicas: Joe Adamson, Linda Barnes, Michael Bishop, Jon Burrowes, Shira Daemon, Denali Delmar, Margaret Duda, Joan Dunfey, Alexander Jablokow, Ellen Kushner, Geoffrey A. Landis, Elissa Malcohn, Chris Monroe, Jean Morrow, Resa Nelson, Steven Popkes, Peter Schneeman, Brett Singer, D. Alexander Smith, Kathy Smith, Sarah Smith, James Stevens, Bonnie Sunstein y Michael Svoboda.

Finalmente, debo dar las gracias a mi agente, Merrilee Heifetz, por su constante apoyo moral, y a mis editores, David Hartwell y Susan Allison, que me proporcionaron el tipo de intensa atención línea a línea que la mayoría de novelistas sólo soñamos recibir.

La filosofía ha conseguido, no sin lucha, liberarse de su obsesión con el alma, sólo para hallarse encallada en algo aún más misterioso y cautivador, el hecho de la corporeidad del hombre.

—Friedrich Nietzsche

Primera Parte
**SIGNOS
Y PORTENTOS**

1

El primer día de septiembre de 1974 nació una niña hija de Murray Jacob Katz, un judío soltero que vivía recluido al otro lado de la bahía de Atlantic City, Nueva Jersey, una isla metrópoli famosa entonces por sus hoteles, su paseo de tablas de madera junto a la playa, el Boardwalk, su espectáculo de Miss América y su papel seminal en la invención del Monopoly.

El faro abandonado en Punta Brigantine que Murray había ocupado, reclamándolo suyo como un ermitaño puede reclamar una cueva, era llamado el Ojo del Ángel. Era completamente obsoleto, cosa que él prefería; como ermitaño sexualmente inactivo que era, inmerso en la enormemente erotizada cultura de la Norteamérica de fines del siglo XX, el propio Murray se sentía en cierto modo obsoleto. Durante sus días de apogeo, el fanal de queroseno del Ojo del Ángel había escoltado a más de diez mil barcos a la seguridad más allá de los bajíos de Brigantine. Pero ahora el faro de Murray estaba encendido tan sólo cuando a él le apetecía, mientras que el asunto de impedir los naufragios estaba en manos del nuevo faro eléctrico de la Guardia Costera de los Estados Unidos en la isla de Absecon.

Murray lo sabía todo sobre el Ojo del Ángel, su gloria y también su vergüenza. Sabía de la tormentosa noche de julio en 1866 cuando se agotó el queroseno, y así el buque británico *William Rose*, con una carga de té y fuegos artificiales de China, se había estrellado contra las rocas y hecho pedazos. Sabía de la brumosa mañana de marzo de 1897 cuando la mecha principal se desintegró, con horribles consecuencias para el *Lucy II*, un yate privado de placer propiedad de Alexander Strickland, el magnate de los rodamientos a bolas de Filadelfia. En los aniversarios de estos dos desastres, Murray siempre efectuaba una conmemoración, subía la escalera de la torre y, en el preciso momento

en que el *William Rose* o el *Lucy II* habían entrado en el campo de visión del Ojo del Ángel, encendía el fanal. Era un devoto creyente de la segunda oportunidad. Al hombre que preguntaba: «¿Para qué sirve cerrar la puerta del granero después de que te han robado el caballo?», Murray respondía: «Lo importante es que la puerta está ahora cerrada».

En el momento de la concepción de su hija, la vida sexual de Murray giraba exclusivamente en torno de una combinación de banco de esperma y centro de investigación conocido como el Instituto de Preservación. Sus científicos efectuaban un estudio longitudinal: ¿cómo cambian las células reproductoras de un hombre a medida que envejece? Murray, en la ruina económica, firmó sin vacilar. Cada mes se dirigía a aquella famosa fundación, alojada en tres plantas de un edificio de ladrillo castigado por la intemperie que dominaba la bahía de Great Egg, y donde la recepcionista, la señora Kriebel, le entregaba un frasco para arenques esterilizado y le escoltaba al piso superior hasta una habitación empapelada con páginas centrales del *Playboy* y cartas pornográficas escritas a *Penthouse* por su propia redacción.

El Instituto de Preservación no sólo recogía y examinaba el semen de ciudadanos normales, sino que también congelaba el de galardonados con el Premio Nobel, con lo que hacía que sus rasgos hereditarios estuvieran disponibles para experimentos eugenésicos caseros. En realidad, miles de mujeres habían estado aguardando a que este producto saliera al mercado. El esperma Nobel era barato, de confianza y simple de utilizar. Tras adquirir un irrigador, una misma se inyectaba el extraordinario fluido —la *crème de la crème*, realmente—, y nueve meses más tarde daba a luz un genio. Los laureados no recibían nada por sus donaciones, aparte la satisfacción de mejorar el acervo genético humano. Murray Katz —empleado en lo que saliera, célibe involuntario, desertor de la comunidad universitaria de Newark— recibía treinta dólares por cada descarga.

Y de pronto, una tarde, llegó un mensaje..., un telegrama, porque, como la mayor parte de los ermitaños, Murray no tenía teléfono.

ÚLTIMA DONACIÓN CONTAMINADA. STOP. ACUDA INMEDIATAMENTE. STOP.

Contaminada. La palabra, un eufemismo tan obvio para enferma, hizo que sus entrañas se convirtieran en un frío charco. Cáncer, sin duda. Su semen estaba infestado de células malignas, STOP: cierto, STOP: estás muerto. Se sentó al volante de su decrepito Saab y cruzó el puente de Brigantine hacia Atlantic City.

Cuando Murray Jacob Katz tenía diez años, había empezado a preguntarse si le estaba permitido creer en el cielo, como sus varios amigos cristianos. Los judíos creían en tantas cosas impresionantes y dramáticas que simplemente parecía lógico considerar la muerte como algo menos permanente de lo que uno llegaría a la conclusión después de, digamos, tropezarse con un gato frío y rígido como la piedra en un albañal de Newark. «Papá, ¿tenemos cielo?», había preguntado el día que descubrió el gato. «¿Quieres saber cuál es la idea judía del cielo? —había respondido su padre, alzando la vista de su Maimónides—. Es una interminable sucesión de largas noches invernales en las cuales se nos concede la oportunidad de sentarnos en una habitación caldeada y leer todos los libros que han llegado a escribirse.» Phil Katz era un hombre vivaz y reseco con una aorta defectuosa; al cabo de un mes su corazón se pararía como el motor de un automóvil cargado en exceso. «No sólo los famosos, no, todos los libros, esos que *nadie* llega a leer nunca, obras olvidadas, novelas escritas por gente de la que nunca has oído hablar. De todos modos, dudo profundamente que exista ese lugar.»

Décadas más tarde, después de que su padre hubiera muerto y la vida de Murray se hubiera afincado en Atlantic City, empezó a transformar su entorno inmediato, convirtiéndolo en algo característico del cielo. El glorioso desarrollo del sistema decimal de Dewey llenó muy pronto el faro, libro tras libro ascendiendo en espiral por las paredes

de la torre como cadenas de ADN, chorreando materia intelectual a la corteza mamífera de Murray y maravillosos olores a las regiones reptiles de más abajo..., el pegajoso aroma de los restos de una biblioteca, el vivo aroma plebeyo de un libro de bolsillo de ocasión, la penetrante mohosidad de una enciclopedia de rebajas. Cuando el lugar empezó a estar demasiado lleno, Murray se limitó a construir un anexo, una especie de casita circular que rodeaba el faro casi del mismo modo que los trescientos ruidosos, imperturbables y bien vestidos cristianos rodeaban ahora el Instituto de Preservación.

Trescientos, sin exageración, blandiendo pancartas y cantando: «¡Es un pecado!». Incluso la parte que daba al mar estaba cubierta; una flotilla de yates permanecía anclada junto a la orilla, con las ondeantes pancartas de protesta atadas a sus palos: LA PROCREACIÓN ES SAGRADA ...

SATÁN FUE UN NIÑO PROBETA ... UN BUEN PADRE ES UN PADRE CASADO. Murray cruzó el arenoso patio delantero con el cauteloso e inofensivo paso que cualquier judío prudente adopta siempre bajo las circunstancias. Y EL SEÑOR CASTIGÓ A ONÁN, declaraba la pancarta de un viejo y chupado caballero con el aspecto tenso y reverente de una mantis religiosa, DIOS AMA A LAS LESBIANAS, DIOS ODI A EL LESBIANISMO, proclamaba una adolescente de grandes orejas que podría haber sido una estrella en la vida de Franz Kafka. Murray estudió su meta, un anillo de barricadas en forma de cabellete protegidas por una docena de guardias de seguridad que manoseaban ansiosamente sus rifles semiautomáticos. Los manifestantes sobaron el gabán de Murray.

—Por favor, conserve su esperma —urgió una mujer pálida y dentuda cuya pancarta rezaba: INSEMINACIÓN ARTIFICIAL = CONDENACIÓN ETERNA.

Mientras Murray cruzaba las barricadas, una mano emergió de entre la multitud y aferró su hombro. Se volvió. Un parche de cuero enmascaraba el ojo derecho del manifestante. Para luchar las batallas de Dios, Dios lo había equipado con unos enormes brazos, un cuerpo como un

megalito de Stonehenge y un brillo como un remache al rojo en su ojo bueno.

—¿Qué es lo que te dará tu simiente derramada, hermano? ¿Treinta dólares? Te pagan mal. Judas recibió plata. Resiste. *Resiste*.

—De hecho, mi última donación no fue aceptable —dijo Murray—. Creo que me he quedado sin empleo.

—Diles a esa gente de ahí dentro que están equivocados..., que es un pecado. ¿Lo harás? No estamos aquí para condenarlos. Todos somos pecadores. Yo soy un pecador. —Con un repentino floreo, el manifestante retiró el parche de su ojo—. Cuando un hombre se arranca su propio ojo, eso es un pecado.

Murray se estremeció. ¿Qué había esperado, una esfera de cristal, unos párpados pegados? Ciertamente no ese pozo abierto, oscuro y dentado como la enfermedad que imaginaba que roía sus gónadas.

—Un pecado. —Se soltó—. Se lo diré.

—Dios te bendiga, hermano —murmuró el hombre con el agujero en su cabeza.

Con un estremecimiento de aprensión, Murray entró en el Instituto y cruzó el reluciente suelo de mármol, pasó junto a un enorme reloj con manecillas como arpones, junto a lámparas esféricas colocadas sobre peanas de hierro forjado, y finalmente alcanzó el mostrador de la señora Kriebel.

—Le diré al doctor Frostig que está usted aquí —dijo la mujer secamente, mientras arreglaba su colección de frascos en un perfecto entramado. Era una mujer elegante, adornada con ropas y cosméticos cuyos nombres Murray desconocía.

—¿Han decidido ya qué es lo que va mal conmigo?

—¿Lo que va mal con usted?

—Con mi donación.

—No es mi departamento. —La señora Kriebel señaló hacia el otro lado del vestíbulo, hacia una mujer de ángulos prominentes y vivido rostro de halcón—. Puede esperar allí con la Quinientos veintiocho.

El vestíbulo sugería el salón de un burdel de primera clase. Jarrones griegos con helechos anclaban las cuatro esquinas de una suntuosa alfombra persa. En las paredes tapizadas, una serie de óleos con marcos dorados de los donantes galardonados con el Nobel fallecidos devolvían fijamente la mirada a los meros mortales que les observaban. Bien, bien, pensó Murray, escudriñando los rostros, vamos a tener economía keynesiana el siglo que viene, lo queramos o no. Y una nueva generación de astrofísicos escribiendo mala ciencia ficción.

Apartando la vista de un difunto secretario de Estado, la Quinientos veintiocho ofreció a Murray una ardiente sonrisa. Jersey negro de cuello vuelto, pelo liso color ala de cuervo, chaqueta de mangas abombadas marrón de mala calidad, sombra de ojos con el verde iridiscente de la ensenada de Absecon: tenía el aspecto de una beatnik de los años cincuenta, misteriosamente trasplantada a la época de los bancos de esperma.

—No me importa si es chica o chico —dijo bruscamente—. No significa ninguna diferencia. Todo el mundo piensa que odiamos a los chicos. No es cierto.

Murray examinó el cuidado aspecto de la lesbiana, su constitución larga y delgada.

—¿Fue difícil elegir al padre?

—No me lo recuerde. —Caminaron juntos hacia el siguiente retrato, un neurocirujano sueco—. Durante mucho tiempo tuve la idea de un pintor o un intérprete de flauta. Las artes son mi principal amor, ¿sabe?, pero con la ciencia uno obtiene mejores ingresos, así que al final me decidí por un biólogo marino..., un hombre negro, me dijeron, un miembro de su propio personal. Los matemáticos entraron por un tiempo en el cuadro, pero luego desaparecieron. En realidad, hubo uno. Un Capricornio. No hubo forma. Déjeme adivinar..., tiene usted el aspecto de un novelista judío, si no le importa que se lo diga. Estudié esa posibilidad también, pero luego empecé a leerlos, y me pareció algo así como sucio, y decidí que no deseaba ese tipo de karma en la casa. ¿Es usted novelista?

—De hecho, he estado trabajando en un libro. No de ficción, sin embargo.

—¿Cómo se titula?

—*La hermenéutica de lo ordinario*. —Al cumplir los cuarenta, Murray había decidido no sólo coleccionar oscuros y profundos libros, sino escribir uno también. Al cabo de seis meses tenía trescientas páginas de desordenado manuscrito y un gran título.

—¿Qué de lo ordinario?

—Hermenéutica. Interpretación. —Mientras trabajaba en el Fotorama de Atlantic City, donde recogía la película expuesta y distribuía las fotos y diapositivas, Murray había descubierto que las instantáneas ofrecían un acceso único a la psique humana. Un abogado fotografía a su hija adolescente: ¿por qué el ángulo provocativamente bajo? Un corredor de bolsa fotografía su casa: ¿por qué permanece tan alejado, por qué esta ansia de contexto? Las instantáneas eran un lenguaje no descifrado, y Murray estaba decidido a romper el código; su libro sería la piedra de Rosetta de la fotografía casera, el Talmud de la Instamatic—. Hablo de mis experiencias al servicio de los clientes de Fotorama.

—Oh, sí..., conozco el lugar —dijo la lesbiana—. Dígame, ¿es cierto que la gente siempre se hace fotos mientras jode?

—Algunos de nuestros clientes lo hacen, sí.

—Eso confirma mis sospechas.

—He visto cosas más extrañas aún. Tenemos a ese agente inmobiliario que no fotografía más que animales que han sido..., bueno, aplastados.

—Obsceno.

—Ardillas, mofetas, marmotas, gatos. Rollo tras rollo.

—¿Así que puede usted llegar realmente a la naturaleza humana viendo lo que la gente lleva al Fotorama? Nunca se me hubiera ocurrido. Eso es serio.

Murray sonrió. Su libro tal vez tuviera un lector, después de todo.

—También me ocupo de ese faro en Punta Brigantine.

—¿Faro? ¿Se ocupa realmente de un faro?